

cha incesantemente consigo mismo, lleno de necesidades que no puede satisfacer, de pasiones que no le es dable saciar, de caprichos que no le es permitido contentar; ansioso de saber y sumido en la ignorancia, sediento de felicidad y abrumado de desdichas: por esto claman como insensatos contra la sociedad entera, blasfeman contra la bondad divina, ó le atribuyen falsos designios; viven en las tinieblas del error en todos sentidos; divagan por espacios imaginarios; andan de continuo tras mentidas sombras que se les desvanecen como humo en el momento de estrecharlas en sus brazos, y no alcanzan otro resultado de sus trabajos que las estériles satisfacciones de la vanidad y del orgullo.— *J. B.*

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE LA VIDA Y LA INFLUENCIA DE LOS PÁRROCOS RURALES.

La vida del párroco rural ofrece los más singulares contrastes, según el modo con que se la considere; vida que se presta á lo prosaico y á lo poético, á lo vulgar y á lo sublime, á lo ingrato y á lo bello; vida á propósito para embotar las facultades del alma ó desenvolverlas de una manera singular; vida que conduce á pasar los días en medio de la inacción y del tedio, ó á emplearlos en asiduos y placenteros trabajos; vida que puede fomentar en el corazón el seco egoísmo, ó inspirarle las virtudes más puras y de mayor desprendimiento; vida en una palabra que puede hacer del sacerdote un personaje inútil para todo excepto las funciones del sagrado ministerio, ó un ángel tutelar de sus feligreses, no sólo en lo tocante á la salvación de las almas, sino también en lo relativo á la paz doméstica y á la prosperidad de las familias.

Fácil es convencerse de la exactitud de las observaciones que preceden, si se para un momento la atención en la posición singular en que el párroco rural se encuentra. Solo, sin más sociedad que las personas de su servicio, pasa el día entero sin más bullicio que el canto del gallo, el gemido de la paloma, el arrullo de la tórtola y los ladridos del perro. De vez en cuando el tañido de la campana le anuncia el nacimiento del sol, la hora del medio día ó la venida de la noche. Si dejando por algunos instantes su habitación, sale á espaciarse por los alrededores, no encuentra otra sociedad que la de los rústicos aldeanos ocupados en sus duras faenas; y éstos dispersos acá y acullá, unos cavando la tierra, otros recogiendo los frutos, y todos sin interrumpirse en sus tareas más que el momento necesario para saludar al párroco ó contestarle á las preguntas que les dirige. En medio de las arboledas dispuestas sin orden ni concierto en las llanuras, colinas y montañas, oye el murmullo de la fuente cercana, el ruido de los vientos que azotan las selvas y el estrépito de la cascada que se despeña de encumbrado risco. Ora es llamado para bautizar un niño y presenciar la alegría de una familia alborozada; ora se le ruega con urgencia que acuda presuroso á administrar los santos sacramentos al moribundo: hoy bendice á dos jóvenes esposos orando al cielo para que derrame sobre ellos los raudales de su gracia, haciéndolos primero felices en la tierra y conduciéndolos después á la morada de la gloria; y mañana se encontrará tal vez al lado de uno de los cónyuges para consolarle de la pérdida del otro, arrebatado por muerte temprana: ahora está experimentando las más gratas impresiones gozándose en contemplar la cándida inocencia de un niño á quien enseña los rudimentos de la doctrina cristiana, y dentro breves instantes se afligirá su ánimo con la narración de un horrendo crimen cometido en el término de su parroquia; ahora se complace en exhortar un alma virtuosa para que adelante más y más en el camino de la perfección á que Dios la ha llamado, y luego se verá precisado á re-

prender con severidad al adúltero que escandaliza á toda la comarca, al jugador que disipa los bienes de sus hijos, al usurero que chupa la sangre del pobre.

¡Qué contrastes más singulares! ¡qué variedad de impresiones, á cual más á propósito para conmover y sacudir el espíritu! Suponed que el párroco no penetrándose lo suficiente de la altura de su misión, ejerce los actos de su ministerio con frialdad, con indiferencia, á manera de rutina; suponed que aquella vida solitaria de que disfruta, no la aprovecha para nada, y que pasa los días en la inacción y en el ocio; suponed que después de haber cumplido con los deberes de que le es imposible prescindir, ya no piensa más en sus feligreses, no se interesa con celo por el bien espiritual de ellos, y olvida totalmente que pueda contribuir en algo á su felicidad temporal; suponed, que seguro ya de su subsistencia considerándose en el término de la carrera, y no sintiéndose estimulado por la esperanza de mejorar de suerte, se ocupa muy poco de los libros, se contenta con revolver de vez en cuando algún compendio de moral en ofreciéndose un caso nuevo y difícil; suponed que ni lee la Sagrada Escritura, ni la historia eclesiástica, ni se dedica á ningún ramo de conocimientos, y va perdiendo por grados lo que había aprendido en las escuelas; en tal caso sus potencias se embotan, su corazón se enfría y endurece, sus afecciones ó desaparecen del todo, ó se limitan á determinados objetos: la religión no se le presenta en su grandor y hermosura, en su inmensa fecundidad para producir bienes de todos géneros, sino como un conjunto de deberes penosos que está obligado á soportar por razón de su estado, y que no podría abandonar sin perder al propio tiempo los medios de subsistencia; entonces los lazos que le unen con los fieles son únicamente los que dependen por necesidad de las funciones del sagrado ministerio; mas por su parte nada les ofrece que pueda inspirarles agradecimiento, veneración y amor. A este párroco tal vez no se le podrá achacar que falte á los deberes de su ministerio; pero es bien cierto que

se halla muy distante de alcanzar en toda su plenitud el objeto de su misión; es una persona pública debidamente autorizada para ejercer sus funciones, mas esta persona considerada en particular, y haciendo abstracción de su sagrado carácter, no es como debiera ser. la luz de los ignorantes, el consuelo de los afligidos, el socorro de las necesidades, el protector de los desvalidos, el mediador en todas las discordias, el promovedor de la felicidad de sus súbditos, el padre, el maestro de cuantos están encomendados á su solicitud.

Con esa figura que acabamos de trazar, que nada tiene de bello y atractivo, y que sólo es respetable por su augusto carácter y por las elevadas funciones que ejerce, contrasta agradablemente la figura de un párroco que no sólo conozca y cumpla con los deberes de que no puede eximirse, sino que penetrado de la altura de su destino, comprendiendo á fondo las ventajas de su estado, sabe aprovechar los abundantes medios con que él le brinda para ilustrar su entendimiento, purificar su voluntad, ennoblecer su corazón llenando perfectamente los deberes de su cargo, y no olvidando que á más de los que pueden apellidarse rigurosos é imprescindibles, hay otros que si no son tan sagrados, no dejan de ocupar un lugar distinguido; y además procura portarse de tal suerte, que haciendo á sus fieles el bien en abundancia, se concilie su gratitud, les inspire un afecto filial, y recabe de ellos no sólo aquel respeto que se merece por el carácter de que está revestido, sino también aquella afectuosa veneración que acompaña siempre á los hombres de virtud sublime, que consagran celosamente su vida en beneficio de sus semejantes.

Así la Iglesia como el Estado tienen el mayor interés en que los párrocos correspondan dignamente al objeto de su misión. Por lo tocante á la primera, no hay dificultad en ello, pues que nunca pueden serle indiferentes la santidad de sus ministros, la conservación de la fe, la pureza de las costumbres y la salvación de las almas. Y si la vida del párroco no es ejemplar, si no es digno modelo á los

ojos de los fieles, si no se porta con ellos con el amor y la solícitud paternales que nacen de un corazón inflamado de la caridad, podrá el hombre enemigo sembrar la cizaña, haciendo notar los defectos de aquel que debe edificar á los demás, le será más fácil relajar las costumbres, hacer que vacile la fe de los pueblos, y echar á perder las almas que Jesucristo redimió con su sangre.

En cuanto al Estado, no cabe duda que no se ha comprendido bastante la importancia de los párrocos, y que se ha descuidado con esto un medio de civilización tanto más sólido, más puro y saludable, cuanto se hubiera hallado íntimamente enlazado con la Religión cristiana. Los párrocos son un excelente vehículo para hacer el bien á los pueblos: no hay mejora que ellos no pudiesen introducir, no hay adelanto á que no pudiesen contribuir, no hay daño que no pudiesen remediar, no hay abuso que no pudiesen contrariar. Mas para esto sería preciso que el Gobierno, poniéndose de acuerdo con la Iglesia, procurase que los párrocos abundasen de los conocimientos y medios necesarios para lograr el objeto: mientras se dejen los seminarios sin dotación para la enseñanza, mientras se descuide el proveer de la debida subsistencia á los laboriosos operarios que *suportan el peso del día y del calor*, mientras se permita que el pastor se vea precisado á mendigar de sus ovejas el preciso sustento, no será dable pensar en las mejoras importantes que podrían hacerse y que conducirían sobre manera al desarrollo de la prosperidad pública.

Pasando por alto otras muchas indicaciones, nos contentaremos con las siguientes. Generalmente hablando, todo lo relativo á la cultura de las tierras y cría de los ganados, se halla en España enteramente estacionario, sin participar de los muchos adelantos que se han hecho en otros países, y particularmente en Alemania é Inglaterra. No estando generalizado entre nosotros el leer y escribir, hallándose muchas parroquias rurales donde los que poseen este arte son en número muy reducido, y de suyo poco

aficionados á ejercitarle, carecemos de los medios de propagación tan comunes en otras partes, donde por conducto de los periódicos destinados á objetos particulares, se difunden hasta las últimas clases del pueblo los conocimientos é invenciones concernientes á cada ramo. ¿Qué recurso queda, pues, para hacer llegar hasta los más oscuros rincones de la Península noticias preciosas que quizás podrían producir resultados muy ventajosos? ¿Os valdréis del alcalde que se muda con tanta frecuencia, que quizás es un pequeño tirano para los que no participan de sus opiniones políticas, que estará tal vez desacreditado hasta tal punto que una cosa será rechazada, sólo por salir de su boca? ¿Os dirigiréis al propietario más distinguido, que muchas veces no se sabe cuál es, que á menudo no reside en el país sino breves temporadas, que quizás adolece de los mismos inconvenientes que hemos notado en el alcalde? Hay un hombre en cada parroquia que no sale de ella ni de día ni de noche, que no tiene en ella relaciones de parentesco, que está exento y aun inhibido de tomar parte en el gobierno civil, que por su carácter es superior á cuantos viven en ella, que por su posición es independiente de los bandos que se formen, que no muere nunca, porque en falleciendo el individuo hay otro al instante que le reemplaza en todas sus funciones y facultades; una persona, en una palabra, de quien no necesitáis saber el nombre y apellido, porque se llama hoy como se llamaba ayer, como se llamaba en el siglo pasado, como se llamará en el venidero: esta persona es el *Cura-Párroco*; á esta persona podéis remitir lo que sea conveniente, seguros de que llegará á su término, y por su conducto será comunicado á los que en ello se interesen. En vez de perturbar á los pueblos con eternas circulares, con alocuciones, con proclamas, con manifiestos, con toda clase de papeles atestados de pasiones y de miserias, enviad á todos los párrocos de tiempo en tiempo una breve reseña de las mejoras que se hayan hecho en todos los ramos de agricultura, de selvicultura, cría de ganados y demás que pueda

contribuir á la prosperidad del país, encargadles que por los medios que crean convenientes y decorosos, procuren la circulación de aquellas noticias, mayormente las que puedan tener aplicación más inmediata á la tierra donde residen, y sin nuevos gastos, sin mucho aparato de cátedras, las tendréis abiertas en todo el ámbito del reino.

Nos lamentamos á cada paso de que nos falta una buena estadística, y de que nos es casi imposible formarla; conocemos con muy poca exactitud el número á que se eleva la población, ignoramos cuál es la masa total de la riqueza del país; sabiendo todavía mucho menós si atendemos á sus diferentes clasificaciones, y nos proponemos señalar lo que á cada cual de ellas corresponde. El Gobierno está imposibilitado de formar dicha estadística, ya por falta de buenos dependientes, ya porque los pueblos no tendrían confianza en los examinadores de oficio, y les ocultarían los datos más preciosos. ¿Quién puede llevar á cabo esta difícil empresa? Dando algunos años de tiempo, y suponiendo establecido un Gobierno que merezca la confianza del clero, nadie mejor que los párrocos pueden lograr tan importante y arduo objeto. El número de los moradores lo saben éstos á punto fijo en muchas partes, á poca diferencia en todas; la distribución en las diferentes edades, sexos y condiciones les es muy fácil saberla, con sólo fijar la atención sobre el particular; los productos del país los conocen perfectamente, ya porque viven de ellos, ya también porque están en continuo contacto con hombres cuya conversación versa incesantemente sobre esta materia; la renta total de las posesiones y sus diferentes procedencias, no se les ocultan tampoco por las mismas razones que acabamos de indicar; y en la parte que pudiese caberles duda, les sería muy fácil disiparla con algún tiempo de observación y de curiosidad en preguntar; por manera que todo cuanto se necesita para formar una estadística completa se podría adquirir fácilmente, si los párrocos contribuyesen á proporcionar estas noticias.

No se crea que para el logro de este objeto mirásemos

conveniente una circular en que así se previniera; porque desde el momento que los párrocos quedasen constituidos de Real orden agentes del Gobierno, lucharían con los inconvenientes de los demás, y se verían precisados á contemporizar con las preocupaciones de los pueblos ó plejarse á sus exigencias. Por lo mismo hemos indicado ya, que serían menester algunos años, que sería indispensable que quien trabajase en esta grande obra fuese un Gobierno que mereciese la confianza del clero y del pueblo. Siendo así, y marchando al objeto, despacio, y por grados, empleando medidas indirectas y á cierta distancia unas de otras, no dudamos que al fin se llegaría á obtener el resultado apetecido.

Los límites de este artículo no nos permiten extendernos más sobre las muchas ventajas que podría acarrear al Estado la cooperación de los párrocos; y nos hemos ceñido á indicar dos puntos de los cuales el uno afecta directa é inmediatamente la prosperidad pública, y el otro el sistema de administración.

Fácil sería hacer otras aplicaciones, pero en estas materias basta llamar la atención sobre un ramo, para que desde luego se ocurra la extensión á los otros. Deseamos tanto más que la civilización se propague por conducto de los párrocos, cuanto que así se evitaría en lo posible, que con los adelantos de las naciones extranjeras, no se nos importasen la incredulidad y la corrupción.— *J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA DÉCIMA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi estimado amigo: voy á pagar el resto de la deuda que hace muchos días tengo contraída, de hacerle á V. una breve reseña de cierta escuela filosófica, que nacida